

samiento y de su carácter en misterio alguno. Volviendo en la berlina del Monarca, cuando el regreso de la fuga terrible, dijo á éste cómo era muy republicano, sin querer la República en aquel momento, por no juzgar á Francia preparada para recibirla y practicarla. Así muy popular en los postreros días de la Constituyente, á su vuelta del viaje de Varennes, período, en que lo pusieron al nivel de Robespierre, abundando sus retratos como los retratos del austero jacobino. Y al pie de tales retratos escribían manos fuertes de varones, manos delicadas de mujeres, hasta manos de niños, esta palabra: «incorruptibles». En los sitios públicos exponíanse las imágenes suyas sin letrero, sin más indicación que la palabra «incorruptible»; y todo el mundo sabía que se trataba, ó bien de Pétion, ó bien de Robespierre. Los ciudadanos más puros escribían á este alcalde popularísimo de París que les permitiese poner el nombre ilustre suyo á los hijos que tenían. Regnault, un publicista leído en el año noventa y dos, escribía que Cristo mereciera ser alcalde de Jerusalén, como Pétion de París, si esta ciudad hubiera sido libre por los tiempos de Cristo, pues tenía el Salvador los mismos rasgos de fisonomía y las virtudes mismas que su loado amigo. Treinta, no más años, tenía Jesús cuando predicaba; y cuarenta, no más años, tenía Pétion cuando gobernaba. Uno y otro dulcísimos en su complexión; uno y otro de costumbres morales idénticas. Cristo, perdonando á sus enemigos, procedía como un sabio; Pétion persiguiendo á los enemigos, del bien público, procedía como un ángel bajado del cielo para granjear la felicidad á las mortales. Pétion, según este publicista, cortesano de los revolucionarios poderosos, estaba dotado de la misma elocuencia de Jesús y el mismo afecto por la humanidad, generador de aquellas misteriosísimas simpatías, que nos hacen ver en cada hombre un hermano. Y después de aseverar todos estos blasfemos disparates, el demente adulador decía que Cristo no pudo triunfar del sacerdocio judío; mas no así Pétion, quien haría con su presencia en el Ayuntamiento que todos los pésimos ciudadanos desaparecieran, pues duermen los vicios allí donde vela, estando siempre despierta y vigilante, la virtud. No puede darse una sarta mayor de increíbles desatinos que los acumulados por el demente Renault en esta increíble apología de Pétion, la cual parece, ó bien grande necedad, sin precedente, ó bien burla, y burla pesadísima, de su idolatrado amigo. Mas, todo esto enseña cuál fascinación ejercen hasta los hombres más vulgares de las multitudes más cultas, cuando se descarrían éstas al empuje del sentimiento. Franco en sus palabras y en sus acciones doble; con suma cautela y poco valor; sin ideas y amando un ideal; fluctuante y vario entre los partidos; el aire de tribuno y el espíritu de burgués; sin clase alguna de ingenio, que tanto cautiva, y sin clase alguna de tacto, que tanto se usa en los empeños políticos, Pétion dejaba crecer el desorden hasta perturbarlo todo, y cuando quería recoger velas ó amainarlas, el buque de su autoridad, al oleaje de todas las pasiones, hacía por sus tablas agua.

Mas, á mediados de Junio del noventa y dos, Pétion se nos aparece ídolo de la muche-

dumbre todavía. Seguíale, como segundo suyo, mientras Dantón era su primero, Santerre, jacobino antiguo y cervecero pudiente, quien recibiera en sus groseras manos el influjo sobre las fuerzas populares parisienses, caído al suelo desde las manos finas y nobles del patricio Lafayette. Tenía Santerre un cuñado que se llamaba Panis. Y este cuñado, muy docto en materias jurídicas, también era muy hábil en urdimbres golillescas y en expedientes abogadiles. Con estas condiciones el buen Panis se pintaba solo para un proyecto como el concebido por Dantón puesto por Santerre mismo en obra, de urdir una manifestación formidable con las muchedumbres de los barrios bajos, como llamamos aquí á los barrios populares, valiéndose de todos sus habitantes. Como Pétion oscilaba entre la Gironda y Robespierre, Panis oscilaba entre Robespierre y Dantón. Pero en este minuto de las reconciliaciones entre los grupos revolucionarios echaban todos pelillos á la mar y no sabían hacer otra cosa que requerir del pueblo desquite de la corte por haber disuelto el ministerio patriotista. Serhent, artista, llevó á la conjura el auxilio de sus nervios, como Santerre había llevado el auxilio de sus músculos, como Dantón el auxilio de su pensamiento y el fuego de sus pasiones y el empuje de su acción, como el Alcalde una complacencia entonces perpleja que corre mucho riesgo de aparecer traidora. La suma de todas estas fuerzas daba muchas alas al general apasionamiento y prometía buenos resultados al temerario propósito. Existían por natural razón y ley muchas disidencias entre los ciudadanos en armas. El ejército regular estaba dividido en viejos realistas y nuevos constitucionales. El pueblo armado se dividía en una extrema derecha que se daba la mano con los constitucionales del ejército y una extrema izquierda que se daba la mano con las picas del último estado. Recelosa la libertad nueva del viejo Rey, armaba y armaba continuamente al pueblo. Y como para éste no hubiese armas, repartidas entre los soldados regulares y los guardias nacionales, según llamaban los franceses á la Milicia, el pueblo había recibido picas. Así la extrema derecha del elemento armado regular, estaba por la monarquía neta, la extrema izquierda con el partido constitucional, y en el elemento armado popular estaba la derecha por los constitucionales y la izquierda por los revolucionarios. Nada más fácil que aprovechar estas divisiones para constituir con ellas y sobre ellas un gobierno fuerte. Y nada tan difícil como evitar que todos se unieran cuando el Rey acariciaba un error escandaloso y cometía una falta gravísima. En el mes de Junio, ahora historiado, picas del pueblo y fusiles de la burguesía estaban unidos. Y no quedaban fuera de la unión más que los constitucionales y los realistas, imposibilitados todos de juntarse á una en iguales propósitos. No se puede perder de vista en tal hora suprema el genio de Dantón esa nube tempestuosa, cuyos relampagueos, si no iluminan siempre, abrasan, y que no cesarán un minuto de cruzar por el enrojado cielo hasta el día terrible de su trágica muerte. Es un ser extraordinario. Le llaman monstruo, pero hasta en sus monstruosidades hay una incalculable grandeza. Si bien de temperamento inclinado á la sensualidad, no le faltó

nunca un sublime afecto, un amor purísimo á la patria. Pocas ideas tenía; pero, en justa compensación, tenía mucha voluntad. Así es la complexión de tal hombre única entre las complexiones revolucionarias de Francia, porque, no solamente disponía del ímpetu y del empuje, indispensables á los grandes motores en las revoluciones, disponía también de un talento tan organizador, que organizaba factores populares, como pudiera organizar cualquier general sus ejércitos. Bien puede llamársele general en jefe por derecho propio de las fuerzas revolucionarias. Brissot, el jefe de los girondinos, era un intrigante; Robespierre, el jefe de la escuela jacobina, un retórico; Dantón, el hombre y el genio de las revoluciones. Así lo movió todo y la organizó todo en aquella horrible y aguda crisis, donde hasta los mismos, en cuyo favor se organizaban estas manifestaciones, temíanlas y repugnabanlas. Pero no quedaba otro medio de obedecer á la fascinación ejercida sobre todos por el jefe de los dantonianos y seguir el empujón dado por sus hercúleos puños. Y bajo esta presión resolvióse organizar una grande procesión, la cual se dividiera en dos brazos, yendo el un brazo desde la Bastilla por el barrio de San Antonio al picadero, en que se reunía el Congreso, y el otro brazo al mismo punto por la orilla izquierda del Sena. El pretexto era conmemorar la Jura del Trinquete, mientras era el fin imponer á Luis XVI nuevo llamamiento de los ministros despachados y sanción rápida, sin empachos y sin escrúpulos, á las leyes en suspenso.

Llegó el veinte de Junio y estalló la formidable manifestación. Bien apercibida con tiempo y amplitud; organizada con arte sumo, á pesar de las dificultades congénitas á toda manifestación popular; numerosa desde sus comienzos, en el amanecer casi de tan genérico día; teniendo que admitir todo elemento, ya fuese bueno, ya malo, transmitido á su extraño curso por las calles que atravesaba, como el río tiene que admitir en su cauce todas las corrientes y todas las filtraciones expedidas á sus aguas por los valles que atraviesa; compuesta de muchos ociosos dados al oficio dañosísimo de agitadores y sobreexcitado así la universal agitación; nutrida por los clubs que se pagaban unos á otros la epilepsia de una exaltación colectiva rayana con la demencia; podía todo el mundo saber donde comenzaba pero nadie podía presentir á donde iba. El sitio requerido en la consigna de sus jefes para concentración de todas aquellas muchedumbres era el picadero, en que la representación nacional se albergaba, y el objeto plantar un árbol de la libertad á su puerta; mas todos pedían á voces que se llamase á los ministros depuestos y se sancionaran las leyes suspensas. Necesita uno transportarse á tales tiempos históricos para conocer las concausas coincidentes en la producción de todas estas manifestaciones, las cuales generaron otra nueva revolución. Todos los observadores imparciales y los mismos extranjeros á Francia y á su revolución extraños, confiesan notar una pacificación profunda y universal á la subida feliz de los ministros patriotas. Nada entonces de intolerancia, nada tampoco de persecución, los vencidos parecían someterse á la fatalidad que los condenaba,

y no parecían ensoberbecerse los vencedores con su victoria; las mujeres cantaban algunas coplas á la libertad, y los hombres más atrevidos se vestían su vistoso uniforme de guardia nacional; creíanse redimidos de veras los antes siervos; y los privilegiados no acusaban al pueblo de la pérdida de sus privilegios, acusaban á la divina Providencia, con cuyos decretos había que conformarse. Los resultados de tal situación se tocaban en la mayor abundancia de numerario y en el más sosegado curso de todas las corrientes mercantiles. Pero, así que nacieran las sospechas de una traición en la corte y de un golpe traidor en la frontera, caído el estoico Roland, engañado el maquiavélico Dumouriez; alentada la emigración por los escasos medios opuestos á sus irrupciones; el soldado subvertido; Lafayette arrogante; irreconciliable la corona con el pueblo; negado el castigo dentro á los que promovían la guerra civil y agasajados allende el territorio los que promovían la guerra extraña; insolentes como nunca los caballeros del puñal y ardiendo los clubs como nunca; desbocada la prensa y exaltado como los clubs el teatro; unas legiones de revolucionarios formando círculos de fuego alrededor de París, y otras legiones de conquistadores círculos de fuego alrededor de la revolución; desunidos los constitucionales y unidos los avanzados; todo aquel edificio se caía en tierra como el templo de los Filisteos á las sacudidas del gigante Sansón. Taine ha publicado un curioso viaje por estos años, hecho á París, obra de una profunda observación inglesa, donde consta todo este cambio. Las monedas, tras la consiguiente agitación al nuevo estado morbos, parecían medallas por lo rarísimas. Escupíanse las clases unas á otras sus respectivos nombres de aristócratas y demócratas. El pueblo se había hecho grosero y los nobles desdeñosos. Apenas se clamaba ¡viva la nación! Al entusiasmo épico de los primeros días sucede sólo el odio al extranjero, sitiador de Francia en las fronteras, y la general impulsión á una defensa, igualmente reclamada por la patria y por la honra. El estado económico añadió á las aflicciones políticas aflicciones materiales. No corrían más que asignados, verdaderos papeles mojados. Y de tales papeles, nadie podía dar vueltas por la dificultad de ajustar su valor intrínseco al importe de las ventas ó de las compras. Como la municipalidad hubiese ocurrido á esto, creando billetes de muy escaso valor, llamados de confianza, se tocaban los motines por minutos en las aglomeraciones de los innumerables ciudadanos idos á demandar este papel moneda, mucho más circulante y mucho más fácil. Para cambiar asignados grandes por asignados chicos, iban generalmente mujeres, colocadas desde el alba en las puertas del palacio de la ciudad, quienes no hacían otra cosa que maldecir de la primera revolución, creyendo todo fácil y todo saludable á una segunda revolución.

Indispensable recordar el emplazamiento de la Cámara Legislativa para comprender las maniobras y las evoluciones de los manifestantes. En primer lugar, habíanse reunido los muñidores del espectáculo á espaldas de Pétion, aunque su carácter municipal bien los delataba de amigos del Alcalde, y convenido en que no podía éste menos de reunir la